Generación va y generación viene

por Angel Roma

● La novela de Mario C. Fernández **Nos servían como de muro** va camino de transformarse en el libro del año. Ha provocado un interés poco usual de la crítica para un primer libro, se está vendiendo a un ritmo de "best seller" y ha originado polémicas y controversias críticas beligerantes. Estas últimas corren por cuenta de un colega, Ruben Coteio, cuya opinión —en "Reporter" y "El Pais"— hubiera motivado nuestro respeto, nuestra discrepancia, y nuestro silencio, si no fuera que, para justificar de modo más rotundo su pensamiento, decide acusar de miopía a la crítica uruguaya en bloque, en particular a los que dirigimos secciones literarias. Pasar en silencio su acusación, cuando paradójicamente se sostiene sobre un error interpretativo y varios errores de información, es un acto de fidelidad al respeto hacia un crítico cuya labor, con todas las numerosas discrepancias del caso, estimamos.

La tesis de Coteio se sintetiza en este fragmento lírico: "Con ellos (los personajes Cuentos y Hiscaya, en la novela) Mario César Fernández quiso ilustrar la cobardía, la irresponsabilidad, la ladrida gratuita de ciertos sectores de la intelligentzia uruguaya. Es este no pudo ser más ácido y hasta asfixiante. Por eso, creo, alarmo a ciertos destinatarios, que hoy ocupan la crítica literaria de todos los diarios y semanarios de Montevideo, quizo dar, a por alcidio. O no entendieron la tesis y entendieron la ladrida que ella tan lúcida, o se hicieron los desentendidos, en cuyo caso la ladrida se obedeció. En ambos posibilidades. "Nos servían como de muro" funcionó como un escrito y la cosnera de los dos. Ilustrin, veí o Elnigido, Ilustrin, o entrario sensu: la mejor demostración de su tesis implícita." Si entiendo bien la lógica interna del mundo Coteio, que dice ¡muy una de las secciones II. tenine de los semanarios de Montevideo y no repared en el sentido satírico de la novela, soy por ejemplo, uno de 7 destinatario de la novela: 2º ejem. 3º de ordenamiento intelectual. 4º ladrida gratuita; 5º, y a opción, lícido no muy lícido o lícido más bien cobrado. Sólo este gallinazo se agrava si se remeda que soy yo quien seleccionó la tesis de Fernández para incluirla en la colección "Letras de hoy" que dirijo y que he publicado en varias páginas sus cuentos y sus fragmentos de novela. Como quien dice, monopolio el mono.

Si fuera necesaria prueba documental para demostrarme que el Ruben Coteio no pertenece a la mal menida y mal definida intelectualidad de 1º, basta esta texto y sus confusión, sus verías que hacían ver: 1º, ladrida, al verme incorporado, sin pedir pase, entre el grupo de los "lícidos" que se llamó los "lícidos" y nosotros llamamos los "lícidos" así sin acento. Y como para remblar antiparnaso, se con la historia que se escriba en el futuro, al acaso vale la pena aclarar, y, de hecho lungo, con la que nosotros escribimos de las generaciones pasadas. Pero como hay suficientes pruebas documentales confiamos en que llegue alguien más paciente para hecha a sveriguarlas.

Para poner paz en este embrollo, recomienso por desilindar dos series distintas de cosas: la crítica literaria, y, de en el artículo: la que se refiere a la generación del 45 y la que se refiere a la interpretación del libro. Comencemos por esta última.

En su adherso por exclinarse el ultimo de los intelectuales presuntos, tiene el dado no entendido de Fernández. Coteio barajo varias soluciones, sus todas igualmente inaceptables. La única que no se le ocurrió, al parecer, fue una que hubiera sido acertada porque no existe en la obra nada que se parezca a su interpretación. Se dice, pues, que de sus dos lecturas con lápiz en mano, es él quien se equivoca.

Desde el comienzo: ni Carlos, ni Ruben, son intelectuales. Mi libro lo dice ni lo deja entrever, salvo que la habitación de este Ruben, sea de los libros diarios y revistas. valga para Coteio como una definición. Los personajes son intelectuales. La cabeza de Fernández es otra cosa. Es que podemos prefer fé a sus palabras. La cabaeda de Carlos es la del desencanto de 31, cando pueden muy bien ser el fardo individual de ambos personajes. La verdad la novela no aspira a ningna generalización ni a una tesis determinada, lo que en buena parte estaba, lúcido en su atracción. Que el autor, tal vez, se equivocó al pensar que tuvo un acceso real, podía haber hecho sospechar al crítico de que estaba ante un presencia de cosa nudos enigmáticos de la vida, cuyo más que valor radica justamente en que se rehusan a toda simplificación reductora, existen los ambiates de la crítica y de la opinión que trata de hacerse de esquemas fáciles, se mantienen, a despecho de las interpretaciones —y los personajes de la novela lo dicen— de una determinación, le— su profundidad velada. Pensándolo, creo que hasta el mismo escondido maestro Pavese si no hubiera tenido que tachar de irresponsable, en el entrevero epinante de sus personas, ni, esa sentencia última irrefutable Lo atestigua la manera en que el narrador se horra deliberadamente de toda una dimensión de vista de los personajes, ya limitándose a traducir lo que piensan ya a contrapunteo, ya directamente.

En apoyo de su tesis Coteio trae a colación un artículo que hajo seudónimo publicó en 1945 en la revista Nexo ataccando durante a Borges, lo que al parecer fue la reacción contraria a la generación del 45 por incidir nosotros en los mismos ídolos. Creía que la vida literaria de aquella generación era más enconada: es evidente que me engañaba. Convienen por lo menos, que no ditirambos a Borges y la imitación borgista tuvo en Montevideo un muy reducido número de adeptos, aunque ellos lo suficientemente talentosos y cultivados como para constituir, en ella polémica. A ello hice referencia hace poco en un artículo publicado en largo como su título "Testimonio, confiesa y conciencia de la crítica literaria de historia literaria y de nueva literatura uruguaya" (MARCHA, 1º de Julio/1960). pero estoy obligado a dar nombres aquí, para demostrar que la generación del 45 no sólo fue ajena y el borgismo sino que además, a diferencia de otras generaciones literarias, militó contra su influencia y de ninguna manera los ídolos de la literatura. Eso sin mengua del respeto correspondiente a sus artistas.

No es necesario insistir en la actitud de Onetti: todo aquel que haya leído sus libros no tendrá dificultad alguna para dar pruebas de su actitud. Pero, si quiere, puede leer a Ángel Rama, Ángel Rama, Ángel Rama,